

viloso en que las figuras siempre nuevas aparecieran para borrarse inmediatamente en el verdor que todo lo abraza y lo confunde.

Teniamos al frente el invernadero mas rico y mejor ordenado, pero infinitamente superior a todo lo que se conoce en Europa, con el cielo azul por techumbre, y los rayos de un sol ecuatorial para hacer resaltar la brillantez del follaje. Naturalmente el elemento principal de la selva se compone de una infinidad de árboles esbeltos, con ramas extravagantes que se elevan hasta los cielos: su corona aérea está formada de hojas vigorosas y brillantes que tienen algo de semejante con las del laurel ó las de la camelia: sus tallos, que procuran buscar la luz, son delicados y casi siempre lisos. Entre aquellos árboles que se juntan, se oprimen y se adelantan, hay a veces algunos viejos colosos, de tronco majestuoso, enorme y robusto, que extiende sus ramas gigantescas: son las torres que enlazan entre sí las diferentes partes de la selva, los antiguos testigos del poder primitivo de la naturaleza, los patriarcas que han visto pasar los siglos a sus piés. Sobre ellos y a su alrededor, como ordinariamente acontece a los grandes, se comprime ese mundo parásito, que es un objeto de admiración siempre nuevo para el viajero que visita los países tropicales. Ya son bromeliáceas de anchas hojas, que se suspenden a las ramas del coloso y forman en ellas una especie de nido, obra maestra de la arquitectura natural: algunas veces con sus raíces exteriores que parecen ramas de coral, chupan una herida que han formado las tempestades en la corteza de su apoyo venerable. Ya es una orquídea que resplandece en la cima del árbol, donde toma del sol el esmalte que forma su adorno. Aquella brillante parásita del mundo de las plantas parece que maliciosamente arroja sus flores a la tierra para atraer las miradas del viajero sobre su existencia aérea. Ya se ven las tilandsias meciéndose, como soñando, en las extremidades de las ramas, ó bien un filodendron de hojas atrevidamente cortadas, con su tallo semejante a la piel de la lagartija, trepando, como un animal fantástico, por el ancho tronco del gigante.

Las cimas de los árboles parecen unos tablados dispuestos expresamente para la exposición de las plantas parásitas: éstas be-

ben en el cielo los ardientes rayos del sol. Pero todos los pisos y hasta el mismo suelo tienen su capa de vegetación: abajo de la cima los bejucos parten del tallo del patriarca, atraviesan el aire y van a enlazarse, como una red, con todos los árboles mas pequeños que lo rodean: a la mitad de la altura un ramillete de plantas de grandes hojas ovaladas, se extiende en figura de árbol ó de palmero; algunas veces son plantas nuevas, cuyo crecimiento es interrumpido. En fin, en la parte mas baja, el suelo húmedo y cubierto con las hojas caídas produce helechos, aroides y una variedad inmensa de plantas frondosas.

Pero los mas hermosos lugares, son aquellos en que alguna interrupción en la selva permite que pasen los rayos del sol: entónces la naturaleza, inundada por la luz creadora, se entrega a todos sus trasportes: el verdor resplandece con un nuevo brillo; una vegetación maravillosa germina y florece: el cocotero se lanza hácia el azul del cielo y se mece suavemente, como un sueño gracioso; las hojas gigantescas del plátano sagrado se extienden a su entera satisfacción: las reales escitamíneas brillan é irradian en el seno de sus hojas azules; el palmero se mece caprichosamente entre las cimas de los árboles con sus cadenas colgantes en que los ramilletes de hojas se producen con regularidad, como si se hubiesen medido las distancias a que debían colocarse: los tallos del bambú con su mágico aspecto, suben desde el seno de aquel suelo hasta las energías primitivas y se estremecen blandamente en los aires. El sol radiante envía, desde lo alto del cielo, los besos ardientes sobre aquella familia libre y gozosa que ha engendrado. En medio de todas estas cosas, solamente el hombre es extranjero: contemplando aquel eden con una mirada extasiada, arrobada, siente que no forma parte de aquello; está como un niño que se hubiese introducido furtivamente en un jardín ajeno.

Después de habernos separado del bosque nos encontramos en un risueño valle, a la márgen de un arroyo sombreado por magníficos plátanos, y que sirve para dar movimiento a un molino. Algunos negros estaban ocupados en la cosecha y otras labores del campo. Fuera del pantalón y el piramidal sombrero de paja, estaban absolutamente desnudos: sus cuerpos robustos, cubiertos de sudor, brillaban con el sol vertical como bronce antiguos.

Aquello era un verdadero idilio brasileño: por todas partes calma, silencio y verdor, con una brisa dulce y tibia. En lontananza se descubria la mar reluciente y tersa como un espejo: alrededor del valle se extendian los bosques en la pendiente de las colinas. Estas masas de follaje, a pesar de su diversidad, presentan una armonía de líneas exquisitas: se confunden, se unen graciosamente, se encadenan por medio de los bejucos, y con la resplandeciente luz del sol, producen efectos de claroscuro realmente encantadores.

En el valle, a las márgenes del arroyo, vimos deliciosos prados del mas hermoso verde, lo cual vale la pena de referirse, porque nada semejante se espera uno bajo los trópicos.

Mas léjos, un buen camino bastante ancho, forma una rampa sobre la colina, pasa por delante de una casita abandonada, y conduce a los bosques situados en la otra vertiente. La selva toma la figura de bóveda en la parte superior del camino, y se entra a sus profundidades misteriosas como a una gruta fresca y encantada.

El primer objeto que en ella se encuentra, son las escitamíneas con sus flores de un rojo de cinabrio, esas magníficas flores que entre nosotros se ven brillar de cuando en cuando en un ramillete de mucho precio ofrecido a una gran señora, ó en una exposicion de horticultura. Allí nos proporcionamos el placer de cortar una considerable cantidad ántes de introducirnos en la selva.

Haciendo abstraccion de las singularidades de pormenor, aquel camino sombrío nos recordó vivamente los que existen en los bosques de las colinas que hay detras de la ciudad de Viena. Era una selva fresca y verde, como las de Alemania, con una espesa bóveda de follaje; pero examinándola con atencion, se veía que los árboles eran una especie de laurel, y entónces recordaba uno que no estaba en el continente europeo. Me causó admiracion la gran cantidad de plantas desprovistas de hojas que se encuentran bajo aquellas oscuras bóvedas: privadas de la luz del sol, vegetan en aquella zona tropical. Aun los bejucos están desnudos hasta la alta region de las cimas: parecen mas bien cuerdas ó conductores de pararrayos que plantas vivas. Mucho nos engañan los malos dibujos cuando nos representan a los bejucos como ricas guirnaldas de follaje suspendidas en las ramas de una manera fantástica.

Hasta aquel día habia creído que el palmero era el árbol mas abundante en el Brasil: ahora veo, por el contrario, que es bastante raro; pero no por esto deja de ser el mas hermoso. Las especies dominantes son árboles frondosos, con troncos desnudos y firmes, cimas elevadas y hojas pequeñas de un verde oscuro y reluciente. El camino que seguíamos por los bosques estaba lleno de sombra, de verdor y de frescura, como lo están nuestros bosquecillos en verano. Allí encontramos tres clases del hermoso filodendron.

Iba yo por delante de la comitiva entre dos paredes de follaje, cuando repentinamente pasó junto a mí un objeto rápido como el pensamiento. Mis sentidos estaban de tal manera despiertos que nada se me escapaba, ni un sonido, ni un movimiento. Ví de nuevo pasar aquel objeto como un relámpago, elevarse y bajarse: en fin, despues de muchas idas y venidas en todos sentidos, y siempre con la rapidez de la luz, aquel movimiento se concentró delante de un bejuco muy cerca de mí: era una vibracion incesante, un zumbido, una oscilacion mil veces repetida. Se hubiera creído ver un pensamiento tomado al vuelo y encerrado entre la agitacion de las alas, flotante y suspendido en los aires.

No me habia engañado: mi mirada lo habia presentido y reconocido: admirado, extasiado, me encontraba en presencia del primer colibrí que habia visto en mi vida. Era sin duda aquel pájaro que los brasileños, por una inspiracion poética que no poseen con demasiada frecuencia, llaman *beija-flor* (besaflor, chupamirto). Pude hacer a mis compañeros una señal para que se detuviesen, y poco a poco nos reunimos en círculo alrededor de aquella maravilla: gozábamos de aquel espectáculo deseado por largo tiempo y de que tantas veces habíamos oído hablar: tratábamos de fijarlo en nuestra memoria.

Aquí la realidad excede a toda descripcion y a toda esperanza. Lo que aumenta el encanto de esta aparicion es, que este pequeño sér es intocable, que no se pueden reprimir sus movimientos, ni se le puede conservar en cautividad. Semejante a una imágen que se aparece en sueños, se encuentra allí sin haber sido esperado, y huye en el momento mas interesante. Solamente muerto cae en las manos del hombre, es decir, cuando ha perdido su encanto principal, que es aquella vivacidad que despliega en el mundo de las flores.

El colibrí no puede sujetarse a un juicio prosáico: semejante al aroma de las flores, a la armonía poética, al acento del arpa, no se deja analizar: es tan pequeño, tan gracioso, tan rápido, que en cierta manera se sustrae a la definición común de la sustancia de los cuerpos; parece ridículo clasificarlo en alguno de los reinos de la naturaleza. Se le tomaría mas bien como una joya del paraíso que se hubiese quedado por acaso en las selvas del Brasil. Es como la quinta esencia de los tres reinos concentrada en una pulida criaturita que zumba en la atmósfera de los trópicos: es la vida animal con la figura y los colores de una flor fantástica, y la brillantez reluciente de la piedra preciosa que refleja una luz propia y misteriosa. Por esto, aun el pesado portugués ha encontrado un nombre encantador para este sér maravilloso, y elevándose en esta ocasion hasta la concepcion de un mito poético, considera á la *beija-flores* como las almas de los niños muertos. De esta suerte, aquella nacion grosera no ha podido dejar de ver en el colibrí un sér superior y que nada tiene de terrestre.

Hasta la vida de familia del colibrí, su nido que parece una flor, sus huevos semejantes a las perlas, parecen sustraídos a las leyes de la materia, y no ser, en cierto modo, mas que un juego poético. Los movimientos de este animalito que navega en el aire y vive con el perfume de las flores, tiene algo de travieso y enteramente original. Si en alguna parte una planta aromática del mundo tropical despliega su esplendor, repentinamente aparece el pequeño sér alado, como por encanto, sin que se sepa de dónde ni cómo. Va y viene, se mece y se precipita, reluciendo con el brillo de las piedras á los rayos del sol: su ojo, penetrante como una punta de diamante, busca a la flor que quiere honrar con sus besos, y al punto se detiene delante de la que ha escogido; brilla suspenso en los aires, su cuerpo flamante parece en reposo, introduce su cabeza en el cáliz de púrpura y extrae de allí la miel. Ahora cree uno que podrá considerarlo a su satisfaccion.... ya está lejos, jugueteando y zumbando en el éter azulado; pero de repente vuelve á su flor.... renueva aquel gracioso juego muchas veces, y en fin, satisfecho, desaparece en el océano de yerba y va a descansar en su delicado nido.

Aquel que estudiábamos fué bastante amable para permanecer largo tiempo en su elegante festin, y pudimos gozar descansada-

mente de este espectáculo indescribible. Era un colibrí esmeralda: su garganta y su pecho tenían los reflejos de esta piedra preciosa; el vientre era blanco y la espalda de un gris oscuro. El cuerpo media apenas dos pulgadas y tenía tres el ancho de las alas extendidas: su largo pico era puntiagudo como una aguja. Cuando se mecia, sus movimientos se parecían a los de nuestras mariposas cuando van a chupar la miel. Consideré como una buena fortuna muy rara haber visto un colibrí el primer día que pasé en el Brasil; porque este pájaro no es aquí tan común como nos figuramos en Europa.

Algunos momentos despues, de regreso en Bahía, visitábamos la rica y elegante casa de campo de nuestro cónsul, construida segun el nuevo estilo brasileño. Las habitaciones del Brasil son el espejo fiel de la vida social de estos países: la idea de un pequeño círculo íntimo y retirado falta completamente, y esto es por efecto del clima: no hay aquí que prevenirse contra la aspereza de las estaciones ni se ve uno obligado a engañar a la naturaleza. La voluptuosidad del aire y de la vegetacion, es tal, que no se piensa en esos goces de la vida doméstica, cuya necesidad se comprende en los países en que el invierno se distingue del verano. La casa brasileña no es un centro alrededor del cual viene a agruparse la pequeña sociedad del propietario, es alternativamente un paraguas ó un quitasól, y por las noches, una cama con baldaquino, en que cómodamente puede uno despojarse de sus vestidos para saborear el fresco y vivificante aliento de la brisa. Pero de aquí viene la desgracia de estas regiones tropicales, de que la casa, por la fuerza de las circunstancias, no puede abrigar recuerdos ni tiene historia, lo cual contribuye a dar a las costumbres un carácter de inconstancia y de variacion que ahoga en su gérmen la idea de la familia; porque de la misma manera que la habitacion no es mas que un lugar de paseo, así el lazo de familia se forma momentáneamente: procrean, vienen al mundo y viven de un modo bastante análogo al de las fieras de la selva virgen.

Hay propiamente cuatro causas, de las cuales tres son negativas, cuyas influencias diversas y combinadas concurren para destruir en el Brasil el lazo doméstico y social: la falta de la casa patriarcal, hereditaria, sólidamente construida y coherente, en que

las generaciones sucesivas prosigan su existencia con los mismos principios y con las mismas costumbres; la falta completa de la idea y del sentimiento de la conciencia, efecto inevitable de un clima siempre igual, de la riqueza de una naturaleza exuberante; lo cual produce a su vez la tercera causa, que es la falta absoluta de esa base religiosa que hace que el hombre aspire a algo que sea superior a la simple naturaleza; pero justamente la desgracia ha querido que la naturaleza sea aquí demasiado hermosa: en cuarto lugar viene esa horrible llaga, incapaz de cicatrizar, la esclavitud; llaga que todo hombre honrado debe combatir con su palabra y con sus acciones, cualesquiera que sean la condicion social y el país a que pertenezca: la esclavitud por sí sola supone y engendra los tres vicios precedentes.

¿Cómo podría subsistir la prosperidad de una casa al lado de esta institucion desastrosa? ¿Cómo podría formarse una conciencia humana donde hay hombres fuera de la ley y donde seres que tienen una alma están sometidos a la arbitrariedad y al capricho de otros seres sus semejantes? ¿No es la religion una burla, una pura comedia aquí que el blanco se arroga el derecho de tratar a la imágen del Creador como una bestia de carga, ó mas bien, como una cosa? ¿Cómo podrá tenerse como verdadera una religion ni aun ser respetada en lo general, cuando se arroja fuera de los derechos del hombre a una parte de la humanidad y no se la considera mas que como masas de carne y de sangre hechas para ser apaleadas?

No comprendo cómo puede un sacerdote católico en el Brasil tener el valor de predicar el Evangelio desde la cátedra cristiana, a no ser que lo arregle *ad usum Delphini*. Pero ¡ay! mas tarde tuve ocasion de convencerme, de que, con excepcion del venerable nuncio, que gime inútilmente en su santo celo apostólico, no hay aquí sacerdote ninguno verdaderamente digno de este nombre. No son mas que funcionarios que usan traje negro y dicen misa, únicamente porque es de moda.

Por desgracia los extranjeros en el Brasil no son mas que huéspedes de paso, animados constantemente por el deseo muy natural de atravesar de nuevo las vastas llanuras del Océano.

12 de Enero de 1860.

Una plaza escarpada, cerca del arsenal, frente a la aduana, es el lugar principal en que se reunen los famosos cargadores de Bahía. Estos son tipos que no se pueden pasar en silencio: son esclavos, de la raza negra. En tanto que conservan alguna fuerza, sus propietarios los alquilan para este oficio: es una fuente de recursos que produce mas que la locacion de bueyes de tiro. El amo no tiene que ocuparse de los alimentos de esta especie de animales negros: apenas están vestidos con ligeros harapos de algodón, llevan la cabeza y los piés desnudos, y cargan sobre sus anchos hombros los mas pesados fardos por medio de un palo largo: si es preciso, se ponen cuatro, seis, y hasta ocho, y suspenden la carga en el palo atravesado. Los cargadores caminan balanceándose y acelerando siempre el movimiento: tararean ó aullan un canto lamentable, y cubiertos de sudor y trotando sin descansar, continúan siempre aquella salmodia. Sus ojos brillan y parecen salirseles de la cabeza; sus músculos se hinchan, y el canto acompaña a compas el movimiento del cuerpo que por ningun motivo se puede desarreglar. Se aparta uno con cierto temor instintivo al paso de aquel triste grupo de hombres: los acentos lúgubres resueñan en el corazon del europeo y le hacen desear volver a pasar el Océano. He visto a medio dia, con un calor ardiente, esas caravanas de cargadores subir la empinada calle al trote, jadeando y aullando á compas: me quedé silencioso contemplando a aquellos desgraciados, y cuando desaparecieron, oí aún por largo rato resonar en la altura sus acentos lamentables. ¡Sin embargo, son hombres, y los que los humillan en aquel trabajo se dicen ciudadanos libres de un país libre! Y creen que su país florecerá con aquel sistema, y no comprenden todo lo que hay en esto de maldicion y de infamia!

Los cantos de los negros merecen que digamos de ellos una palabra. Son improvisados y siguen una melodía que siempre vuelve a empezar. Aunque generalmente en ellos se trata de *farinha* y de *cachaça*, dan cierta luz sobre las relaciones entre el amo y el esclavo y sobre la manera con que éste es tratado. Algunas

veces se mezcla en ellos un recuerdo de la patria lejana, que se encuentra interpuesto, como una barrera insuperable, entre el derecho natural y el comercio de las almas. Cuando improvisan alguna estrofa, la repiten inmediatamente con la misma cadencia, y algunas palabras contienen ordinariamente todo un poema de arbitrariedad. Desearia uno creer que estos acentos lastimeros no pueden dejar de producir su efecto; pero los propietarios de esclavos están cubiertos con la coraza del vicio: para ellos el idioma del negro no es mas que un sonido bestial, y no tienen orejas para oírlo.

Nos dirigimos a la colina de *Nossa Senhora do bom fim*, rodeada de palmeros y batida por las olas azules de la mar. Nuestro tiro de caballos nos llevó hasta la plaza, frente a una iglesia de una blancura reluciente, construida con el gusto churrigueresco. Cerca de la iglesia se extiende un hermoso y ancho terrado, al cual se sube por escalones regulares y en el que se encuentran algunos edificios propios para habitacion.

El tumulto de una feria reinaba en aquel momento en la plaza y alrededor de la iglesia. La poblacion negra con sus vestidos de fiesta adornados con vivísimos colores, se estrujaba, corria y se abrazaba con la mayor algazara y toda especie de gruñidos. Algunos carruajes llenos de *senhoras* que iban en peregrinacion ó de mozalvetes atraídos por la curiosidad, parecían navicillas que se esforzaban por atravesar las olas movedizas de la multitud para llegar al terrado de la iglesia. Sobre las cabezas se veían suspendidas las cajas de vidrio llenas de comestibles. Pequeños grupos de consumidores de *cachaça* parecían como islotes en medio de aquel océano de seres humanos. Un tablado recientemente puesto, prometía montes y maravillas para cuando llegara la tarde.

Nuestro equipaje fué felizmente conducido a través de la multitud por nuestros cuatro caballos cubiertos de espuma: bajamos, y nos dejamos llevar por la oleada hasta el edificio principal. Penetramos al interior por una puerta lateral, como el agua que se precipita por una exclusiva. Nos encontrábamos en una larga galería bien iluminada y ricamente adornada: algunos grabados puestos en brillantes marcos dorados, estaban suspendidos en las paredes: la luz exterior, entrando por anchas y altas ventanas como en un

salon, jugueteaba en el reluciente cristal de las arañas. Reinaba en aquella sala un aspecto de alegría y de regocijo.

Una larga hilera de jóvenes y traviesas negras ocupaba la extension de una de las paredes. Sus encantos bronceados estaban velados mas bien que cubiertos con gasas transparentes y telas de colores muy vivos. Se entregaban a una ruidosa charla, y tomaban las actitudes mas cómodas, mas abandonadas y mas voluptuosas. Vendian toda clase de objetos de religion, amuletos, cirios y comestibles que tenían en canastillos ó en cofrecitos de vidrio. A los ojos de un buen católico, aquello debe producir el efecto de una profanacion; porque so pretexto de romería, se mezcla mas paganismo del que es permitido, en aquella fiesta popular de los negros.

Todo pasaba muy alegremente en aquella sala: la multitud se oprimia riendo y charlando alrededor de las vendedoras: éstas siempre en conversacion, se entregaban a ciertos movimientos de afectacion muy arriesgados, y excitaban con las miradas a aquellos negros zopencos, que agrupados junto a ellas, no permanecían ociosos. Era un cuadro de vida salvaje oriental en un marco tomado de la civilizacion. Tal debió ser el aspecto del templo de Salomon cuando el Señor esgrimió el azote é interrumpió el comercio de sus compatriotas de una manera tan elocuente; pero aquí no habria bastado el azote: se necesitaba una grande escoba movida por el vapor. Sin embargo, si se deja a un lado el justo escrúpulo religioso, era aquel un golpe de vista muy agradable y muy animado: un pintor habria encontrado material para estudios muy preciosos.

Lanzándonos hácia delante, ya cortando la corriente, ya siguiendo su curso, llegamos a una vasta pieza decorada con ricos adornos: ciertos utensilios indicaban que era la sacristía. Un eclesiástico, pálido como un membrillo, apoyado en una caja, cerca de los ornamentos del altar y del cáliz, conversaba de la manera mas íntima con algunas *senhoras*. Era aquella una sacristía cómoda y risueña.

La corriente se apoderó de nosotros como nos habia traído, nos arrebató y nos arrastró por la sala del mercado, donde continuaba el mismo comercio, y nos arrojó por fin, oprimiéndonos hasta aho-

garnos, en una grande y hermosa sala de un aspecto brillante. Innumerables arañas cargadas de velas encendidas bajaban de la bóveda, las paredes blancas y doradas están adornadas con cuadros, y reinaba en todos los rostros un aire de fiesta y de agradable armonía: parecía que no faltaba mas que los violines y los timbales para comenzar un alegre baile. La sala estaba llena: no se veían mas que caras negras, amarillas y morenas, y entre ellas, mujeres muy hermosas: algunas eran verdaderos colosos; llevaban en su seno descubierto y en sus magníficos hombros collares de coral, abalorios, broches de oro y amuletos: todas parecían animadas y exaltadas por la influencia del *cachaça*: como trofeo de la fiesta llevaban una elegante escoba. Era una ocasion sin igual para hacer estudio sobre la carne de color y sobre las costumbres de los negros.

Estos celebraban sus saturnales: la esclavitud no existia en aquel momento. En la libertad de sus movimientos, en la loca alegría de los negros y de las gentes de color, en su vestido algunas veces rico y pintoresco, se comprendia bien que en aquel dia se sentian felices. Allí se hubieran podido encontrar muestras de la raza de todos tamaños y de todas figuras, desde la matrona de andar lleno de pretensiones, de cuerpo redondo y enteramente cargado de oro, hasta la jovencita apenas despierta, de ojos brillantes, ligera y elegante como una gacela; desde el viejo negro de cabeza blanca, de cara de mono, parpadeando de un modo bonachon, hasta el pilluelo griton é insubordinado. Todo esto se confundia y se estrujaba: aquí las antiguas amigas se saludaban y se abrazaban; allá dos negros esclavos que vivian en los extremos opuestos de la ciudad, se estrechaban la mano; en otra parte una matrona, por sobre la cabeza de su vecina, daba los buenos dias a un coloso de gordura que llegaba balanceándose. Otros se habian reunido en grupos y conversaban alegremente de los acontecimientos del dia y de las aventuras amorosas. En todas partes reinaba el contento, donde quiera se manifestaba el placer de vivir. Se conocia que era una fiesta esperada por largo tiempo y en la que los negros se sentian como en su casa: la reunion entera estaba de acuerdo para dejar oír una charlería incesante y ruidosa.

Nosotros tambien platicábamos alegremente en voz alta, intro-

duciéndonos a la sala. Paseaba yo mis miradas curiosas por la concurrencia para grabar bien en mi memoria aquella festividad de los negros, cuando repentinamente, en la otra extremidad de la sala, observé sobre un punto mas elevado, una figura que iba y venia con aire inquieto, que dirigia sus ojos a un libro, miraba a su alrededor, parecia sumergirse algunas veces y volvia a salir despues. No podia creer a mis ojos: puse cuidado otra vez y siempre ví al mismo hombre en el mismo lugar. Súbitamente atravesó mi espíritu un rayo de luz, y quedé transido de horror y escándalo.... era el eclesiástico de color de membrillo que practicaba las ceremonias de la misa (porque sin duda aquello no podia llamarse decir misa), y que sin molestarse, las practicaba para sí solo, como si se diese una representacion en medio de una fiesta popular. No podia dudarlo: estábamos en la iglesia; aquella gran sala de baile era la casa de Dios, un templo brasileño, y todo aquel pueblo negro que chacoteaba era una reunion de cristianos bautizados, que se decian católicos y asistian a misa.

Los sacerdotes brasileños pretenden que así se debe iniciar a los negros en el temor de Dios, que estos nada entienden de sentimientos mas elevados, y que no se les puede detener en la iglesia si no es por medio de diversiones mezcladas con *cachaça*. Para los propietarios de esclavos esta opinion es verdaderamente muy cómoda, porque imprime al negro el carácter del bruto, y hasta cierto punto sirve de justificacion a la esclavitud.

Hemos visto lo que pasa por la mañana en el templo; pero a medio dia y sobre todo por la tarde, cuando el *cachaça* haya llegado a su colmo, debe desaparecer toda la moderacion inspirada por el temor de Dios, y sin duda serán verdaderas bacanales, en que las pasiones victoriosas coronarán dignamente aquella solemnidad.

El objeto primitivo de la fiesta es una romería de mujeres que se dirigen a aquella iglesia para obtener la fecundidad: con este objeto, deben barrer el terrado que está a la entrada, así como el pavimento del templo, y de ahí viene aquella elegante escoba que lleva cada mujer y la pantomima con que fingen arrojar agua y cuidarse de ella. Ya habiamos observado estos movimientos por todas partes en medio de la opresion y nos habiamos divertido